
Adolescencia: entre lo posible y lo imposible

Piedad Ortega*

Efectos de la modernidad en niños y adolescentes

Hace algunos meses en una revista de Guayaquil apareció una entrevista a la directora de un colegio de la localidad, quien al preguntarle si los jóvenes de hoy eran iguales a los de hace 25 años respondió que los tiempos habían cambiado y que ellos eran “diferentes”. ¿Qué es lo que ha cambiado? Empezaré planteando los cambios suscitados en las familias de hoy. Señalaré algunos aspectos que me han parecido llamativos en mi función de entrevistar a padres dentro de una institución educativa y dentro del marco de curas psicoanalíticas: a) un número importante de niños y jóvenes no viven con su padre y madre por razones de divorcio o trabajo (migraciones); b) los que viven con sus padres no necesariamente pasan tiempo en común en razón de las distintas ocupaciones de cada cual; c) a los padres les resulta difícil utilizar los pocos momentos en común para hacer algún seguimiento de la vida de sus hijos; d) en los padres se observa una tendencia a querer ser “amigos” de sus hijos, dejando de lado la figura paterna.

En consecuencia, los niños y adolescentes pasan mucho tiempo solos, sin mayores oportunidades para establecer intercambios simbólicos con los mayores, intercambios que les permitan sostenerse cuando afrontan dilemas en sus existencias. Podemos decir que lo que manifiestan hoy los jó-

venes con sus conductas más o menos espectaculares y provocativas de ruptura y conflictos con el mundo social, escolar y familiar, no son más que modos de respuesta a su mundo actual. Un mundo caracterizado por, al menos, los siguientes procesos:

Globalización: donde las particularidades de cada uno y las de su grupo étnico o social desaparecen frente a un modo tipo de ser y de producir, donde la tecnología ha intervenido en la modelación de nuevos códigos, formas de relación con el conocimiento, tiempos de afectividad e incluso formas de nacer o de morir y así ha redefinido la experiencia social y cultural de los sujetos y, en particular, la de los sujetos de la educación. Frente a los cambios vertiginosos, la educación parece instalarse en un tiempo más lento, un tiempo que -podría plantearse- es más histórico que tecnológico.

Ruptura de ideales: sabemos que los ideales son fuente de cohesión entre las personas, permiten crear identidades grupales que se constituyen en redes de apoyo social y emocional a través del tiempo. Desde el psicoanálisis, la función del ideal está estrechamente vinculada al tránsito entre lo individual y lo colectivo social, función encarnada en y facilitada por los padres. Pero para poder encarnar esa función, es necesario la existencia de un padre -o sustituto- que pueda demostrar cómo saber-hacer con la vida, con el trabajo, con los placeres, con las parejas; es decir, un padre que tiene posibilidades de “hacer su vida”, pero que también es sensible a los deseos y necesidades de los otros a quienes responde con su afecto y responsabilidad. La declinación de esta función paterna está vinculada estrechamente a otros hechos que

* Psicoanalista.

son también característicos de la era actual.

Ausencia de respeto: los adolescentes de hoy claman porque se los respete, aún cuando ellos tienen dificultar para cumplir con ello. Si existe una crisis de autoridad en la etapa de la adolescencia, no es solamente por la declinación de la función paterna, sino también debido a los cambios corporales y emocionales tan drásticos en esta etapa: el adolescente es un extraño para sí mismo, se confronta con una diferencia de gran envergadura dentro de sí, una diferencia que la maneja con gran dificultad y que le es difícil respetarla puesto que no puede hacerla coincidir con ningún saber que lo ha tenido de antemano (los de su infancia) y tiene que inventar algo nuevo para responder a cómo ser varón, cómo ser mujer, cómo saber-hacer para elegir una pareja, cómo elegir un futuro que conjugue el placer lúdico de la diversión con la responsabilidad. Preguntas desconcertantes para algunos, y aterradoras para otros.

Es llamativo observar prácticas de un lenguaje con modismos propios, ropaje un tanto extravagante, tatuajes y *piercing*, cuyo objetivo se encuentra vinculado a la posibilidad de crearse una identidad propia que marque límites precisos, en una edad caracterizada por lo inconmensurable. Rituales y modismos acompañan al adolescente con más fuerza cuando la apertura de los otros, los adultos, fracasa, cuando no valoran estos hechos para ofrecer posibilidades creativas y promisorias de un porvenir.

Así, el adolescente, a falta de espacio humanizado donde alojar su pregunta y su ser, donde podría verse a sí mismo como digno de ser amado, puede encontrar la salida en la identificación con una banda: ante la dificultad de encontrar un espacio de inclusión dentro de lo social, ante la falta de lugares y modelos basados en el respeto y la diferencia, aparece la exclusión, la segregación y la ruptura como respuestas fallidas para la construcción de un modo alternativo de existencia.

Crear un espacio para la conversación entre adultos y jóvenes, retomando su cultura y sus modos de expresión, permite re-introducirlos en el circuito de la palabra para que, paulatinamente, puedan ir construyendo una respuesta sobre quiénes son y plantearse un porvenir.

Adolescentes, escolaridad y autoridad

Otra expectativa importante es la generada por la prolongada etapa de escolaridad que mantiene a la generación actual como económicamente improductiva por muchos años. Los costos de la educación se convierten en una inversión considerable, de tal forma que la retribución que se espera de los jóvenes es aún mayor. Y si a esto se une el hecho de que las familias actuales son más cortas, la percepción de que menos hijos tengan que realizar el futuro de sus padres es más grande. Cuando las familias son más numerosas la dispersión de los vínculos entre los miembros es más amplia, de tal forma que los conflictos entre los miembros no se cristalizan tanto. Así, asistimos hoy a un hecho muy singular: la población joven se convierte cada vez más en un “bien escaso y caro”, que se pretende que brinde todo tipo de satisfacciones.

Estas características comunes en los núcleos familiares de hoy son productoras de una serie de síntomas en niños y adolescentes enfrentados a responder sobre lo que a cada cual le resulta imposible de tolerar. Por el lado de los padres, ante las dificultades de asumir las funciones de guía y de autoridad, desde muy temprano demandan madurez, independencia y responsabilidad a los niños y adolescentes. Así, es común escuchar decir a padres de niños de 11 años, al entrar a la secundaria, que deben manejarse solos porque ya están grandes. El resto es asunto del colegio. Veamos el relato decidor de Jorge, un joven que está furioso porque su papá lo ha castigado. Jorge cuenta que un día su padre, al llegar del trabajo muy por la tarde, le ha dicho: “¿por qué no te has bañado? ¡No has hecho el deber! ¡Y me quedas mirando con esa cara? ¡Estás castigado!”... “No me dio tiempo para decirle que nos habían cortado el agua y que se le había olvidado de comprarme el libro y que no pude recordárselo, porque el teléfono estaba cortado”.

El caso muestra cómo se confunde la independencia física con la independencia emocional, y desaparece así el referente simbólico que permite estructurar la vida de un niño -que empieza a encarar los enigmas de la sexualidad y los de inscripción social-. Un púber o un adolescente depende

de un adulto, no para sobrevivir, sino en cuanto a la escucha, el respeto, las normas y el afecto que permitan una forma de transmisión en el contexto de lo humano.

He hablado de la función de guía del adulto en la vida de un adolescente. Cabe ahora preguntarse sobre la función de autoridad en el ámbito de la educación, puesto que a las instituciones educativas les toca recibir a estos niños y jóvenes advenidos en estas nuevas modalidades de relación. Los maestros manifiestan sus dificultades para dar una instrucción adecuada, allí donde en frecuentes ocasiones hace falta inscribir un universo de normas y respetos esenciales en el acto docente. La utilidad del saber escolar para los jóvenes está esencialmente vinculada al hecho de que ellos comprendan que esto constituirá un instrumento para sus vidas, y no una acumulación de saberes sin ninguna relación con su mundo actual o para el porvenir.

En consecuencia, la existencia de una autoridad es esencial para la construcción de los jóvenes. Sin embargo, conviene distinguir los distintos ejercicios donde esta práctica se efectúa: la autoridad natural se encuentra vinculada a la responsabilidad inherente a quien toma esa función. Así, un maestro tiene que estar implicado en su quehacer en tanto no es un dispensador de conocimientos, sino un productor de un saber a la medida de los jóvenes que son sus alumnos. Los jóvenes perciben con facilidad los cambios de ánimo de sus maestros, sus posibilidades, sus falencias, muchas veces más pronto que ellos con respecto a sus alumnos.

La autoridad "autoritaria" es aquella que, tomando el nombre de la ley, de la norma o del programa, es ejecutada sin tomar en cuenta el interés o las particularidades de aquellos que se pretenden educar. Para los jóvenes, la autoridad "auténtica" proviene de aquellos maestros que son capaces de decirles cosas que tienen un valor para la vida, para sus vidas, y que entonces dan la impresión de que "el profesor sabe un montón de cosas sobre el tema". Ese estilo de transmisión, que permite una mayor libertad para formas de abordaje de la cuestión educativa, hace que niños y jóvenes se orienten hacia ese "saber-hacer"; un escenario donde la función del maestro tiene que variar, un

escenario que invita al ejercicio ingenioso, creativo y responsable que este más acorde con los intereses de cada cual (Lacadeé 2000).

Como se ve, autoridad y responsabilidad son dos caras de una misma moneda, y juntas son la única manera de incorporar al joven para gestionarse en la cultura.

Usualmente se piensa que los problemas escolares son productos de sistemas didácticos inadecuados. Se crean nuevas formas de enseñar, aparecen adelantos tecnológicos, todo para responder a la preocupación por el inmenso índice de fracaso escolar. Incluso la medicina se une al intento: desde la genética y la farmacología se afronta el problema de una "infancia insana". El maestro, abarrotado de actividades y de imperativos sociales, puede fácilmente rechazar su función; las instituciones educativas pueden no admitir a estos niños y adolescentes que presentan dificultades, porque se alejan de los perfiles ideales de habilidades y destrezas. Las consecuencias no se hacen esperar: largas filas de niños y jóvenes con problemas de aprendizaje, ADD, problemas de conducta, etc., son enviados donde los "Psi" para su reeducación, y aquellos obturan la posibilidad de esclarecer lo que no marcha en sus existencias.

Curiosa paradoja: a mayor adelanto de los sistemas pedagógicos, mayor número de niños y adolescentes que engrosan las filas de los inadaptables. Ante los limitados referentes simbólicos para los niños y adolescentes de hoy, se les delega una libertad y una responsabilidad sin que hayan hecho un ejercicio de ellas. Estos referentes se construyen cuando en los actos de sus vidas han recibido el apoyo de adultos que, habiéndoles permitido ciertos riesgos, estuvieron listos a dar una acogida a los interrogantes que dichas acciones puedan generar. Así se crean tanto sistemas de valores como leyes de intercambio social, estableciéndose límites comunes en la sociedad, formas de iniciar pactos que hacen susceptibles los procesos del aprendizaje; así el compromiso con sus aprendizajes se produce de otra manera: es un pacto de generación de ideas y conceptos en donde los lugares entre maestro y alumno son distintos, pero la relación con el saber es igual al por qué se hace posible una construcción conjunta.

Lo inédito de la pubertad

Luego de establecer algunas características de los jóvenes, unas nuevas y otras “reediciones modernas” de antiguos fenómenos, intentaré abordar desde la clínica psicoanalítica el tema de la pubertad para poder plantear aquello que es del orden de los fenómenos y discriminarlos de los hechos de estructura.

En 1905, en sus *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud plantea que después de la infancia se presenta cierto número de elecciones que no son definitivas y que son reactualizadas en la pubertad. Aquí, lo fundamental es que se realiza una rectificación retroactiva de lo que en el tiempo-lógica de la infancia se construyó.

Jacques Lacan planteará, posteriormente, que el sujeto humano se construye en torno a una dialéctica con el otro, caracterizada por un proceso de alineación referido a la inscripción del sujeto en el lenguaje, y de separación del otro, como objeto a, que llevará al sujeto, en su búsqueda restitutiva, a marcar todas las sustituciones posibles, en donde el deseo encuentra su razón de existir. Desde el punto de vista del psicoanálisis, esta operación hace posible la emergencia del sujeto humano, sujeto del inconsciente, sujeto del deseo.

¿Podría plantearse que ese proceso de verificación pondría al púber en la posibilidad de volver a elegir en todos los aspectos y, por lo tanto, constituirse en un momento de “todo lo posible” como a veces quisieran creer los jóvenes en esos momentos de euforia que a menudo podemos presenciar? ¿Por qué junto a dicho momento encontramos que los jóvenes se “deprimen” tanto, al punto de plantearse la muerte como una alternativa posible?

El psicoanálisis plantea que lo uno no desdice a lo otro. Por el lado de lo posible, se presenta el sinnúmero de respuestas que los púberes inventan para responder a un imposible, que es la restitución de ese “objeto a” perdido. Así, frente a la elección del objeto de amor, ésta puede ser heterosexual u homosexual, y aun cuando haya indicios de dicha elección de antemano, el púber debe decidir en este momento su elección para la vida.

El adolescente también tendrá que elegir sobre su posición sexual: ser varón o ser mujer. Esto

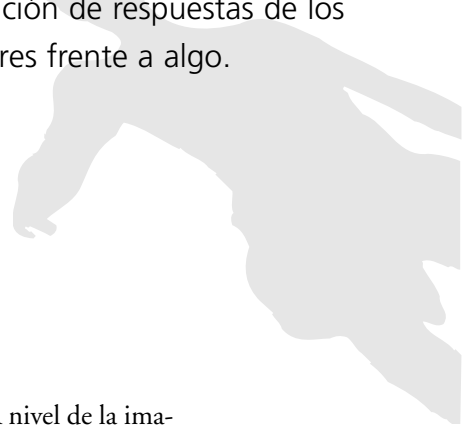
no es asunto de la biología, aun cuando ella existe: acceder a una posición femenina o masculina es un proceso que está marcado por un sinnúmero de avatares que van desde la definición de un lugar sexual hasta la pregunta sobre cómo responder al otro desde cada lugar, lugar que ya no es solo el plano sexual sino también el social, con incidencias sobre la estructura misma, y que en ocasiones puede verificarse en una eventual orientación a la perversión.

Hasta aquí podemos plantear la adolescencia como modos de respuesta que los púberes intentan formular frente a algo, algo que irrumpe de forma tal que las palabras fallan. Éstas se quedan cortas para nombrar y ordenar un surgimiento de algo totalmente nuevo, allí mismo donde no existe una respuesta preexistente ¿Acaso la “originalidad” de los jóvenes podría dar cuenta de esto?

¿Qué es lo nuevo que surge? A nivel de la imagen, los caracteres secundarios marcados por el discurso hacen aparecer al niño como distinto que antes y, a su vez, diferente a los otros, surgiendo así un rompimiento con aquella primera imagen y obligándolo a producir ajustes o transformaciones. El cuerpo se vuelve un extraño para sí como también para los adultos tutelares, replanteándose, en el mejor de los casos, las formas de relación desde lo simbólico, que en lo sucesivo estarán marcados por una separación de la figura de sus padres.

Las nuevas formas de relación del adolescente tomarán rasgo de otras personas y generalmente no serán por simple identificaciones sino por procesos bastante complejos donde esto pondrá en duda una buena parte de todo aquello que le vie-

Si el sujeto se construye en torno a una dialéctica con el otro, caracterizada por un proceso de alineación referido a la inscripción del sujeto en el lenguaje y de separación del otro como objeto a, la adolescencia puede plantearse como momento de creación e invención de respuestas de los púberes frente a algo.



ne de los adultos tutelares. “Los adolescentes son cuestionadores” frase comúnmente escuchada, da cuentas de estos procesos.

Sin embargo, la necesidad de que efectivamente existan algunas personas que puedan tomar esa función de sostén y respeto frente a lo nuevo que surge en los púberes es lo que haría posible ese proceso de búsqueda de respuestas frente a lo innombrable. De lo contrario, conductas como el alcohol, drogas y hasta el suicidio puedan surgir como modo de respuesta frente a lo innombrable de la pubertad.

¿Qué sería lo innombrable? Jacques Lacan dirá que lo innombrable es lo real entendido como la no-relación sexual. No se trata de decir que no existe la copula, sino de que no hay un saber instituido entre un hombre y una mujer: no hay un saber sobre como hacer frente a los enigmas del otro sexo, por más revistas, tratados o compendio que intenten dar una respuesta. Cada sujeto tendrá que inventar su propia respuesta y deberá aceptar que, después de todo, ella siempre será un tanto fallida, de tal forma que siempre tendrá que

inventar y crear. ¿Podría haber entonces titulado este artículo “adolescentes e invención”?

Bibliografía

Boureneu Mariane, Beauvais Anne-Marie y otros, 2001, “Laboratorio: la apuesta de la conversación”, en *Memorias de la Jornada del Centro Interdisciplinario de estudios sobre el niño* (CIEN), Buenos Aires.

Cottet, Serge, 1991, “Pubertad Catástrofe”, en *Logogrifo*, agosto, Caracas.

Freud, Sigmund, 1981 (1905), *Tres ensayos sobre la sexualidad*, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-analysis, London, England.

Lacan, Jacques, 1992, *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Argentina.

Lacan, Jacques, 1981, *Seminario 20, Aun*, Paidós, España.

Stevens, Alexandre, 1998, “La adolescencia síntoma de la pubertad”, en *Actualidad de la práctica psicoanalítica, psicoanálisis con niños y púberes*, Ediciones Labrador, Argentina.